

R E C E N S I O N E S

CARLTON J. HAYES: *The United States and Spain*. Sheed and Ward, Inc. Nueva York, 1951. 198 págs.

Esta nueva publicación de Carlton J. Hayes es una recopilación de los hechos ya conocidos, detallados por el ex embajador norteamericano en Madrid en su obra *Misión de guerra en España*, que alcanzó tanto éxito como difusión. En este segundo libro formula el autor un programa de acercamiento y colaboración entre los Estados Unidos y España, expuesto en una serie de conferencias pronunciadas recientemente por el Sr. Hayes, en el Holy Cross College, de Worcester (Massachusetts).

Comienza esta obra señalando la importancia que ha tenido para América la empresa española del descubrimiento del Nuevo Continente y cómo en éste se hablan la lengua inglesa y la hispana en una proporción del 50 por 100 cada una. La europeización de América se inicia bajo auspicios españoles, y gracias a España prospera y se desarrolla en América la civilización cristiana. Si a partir del siglo XVI y siguientes otras naciones ejercen su influencia en el Continente americano, ello se debió a que España tuvo que atender a otros intereses en Europa, donde se vió empeñada en guerras casi constantes contra Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Turquía. Las tres primeras naciones entre las que acaban de señalarse tuvieron también una expansión en América que dió lugar a que surgiese una Nueva Inglaterra, una Nueva Francia y una Nueva Holanda, entre las que se impusieron a la larga los ingleses, que, con los españoles y los portugueses, habían de repartirse la influencia cultural en el Nuevo Continente. América es, por lo tanto, culturalmente europea.

Mientras en la América inglesa se impuso el espíritu de la Carta Magna y del puritanismo británico y la influencia de pensado-

res como Milton, Locke, Burke y Paine, en la América española triunfaron el individualismo y el localismo que no pudo ser vencido por las tendencias centralistas de los Austrias. Así la América inglesa dió lugar a una sola nación, mientras de la española nacieron dieciocho países diferentes. Pero la revolución que produjo la independencia de todos los pueblos americanos, del Norte, Centro o Sur, no rompe el carácter europeo de América, que perdura a través de los siglos y es la causa de la existencia de una Comunidad atlántica seguida de la conquista y de la civilización.

Recuerda el autor seguidamente cómo, durante la guerra sostenida por España contra la invasión napoleónica, las simpatías americanas estaban al lado de los españoles y de sus aliados los ingleses, y cómo esta corriente determina los viajes de destacados escritores norteamericanos, como Washington Irving, Longfellow, Russell, etcétera, que visitaron España y se llevaron a su tierra una grata impresión de la nuestra y de la cultura española.

Desgraciadamente, la simpatía y el interés hacia las cosas de España que habían empezado a sentirse en los Estados Unidos, desaparecieron pronto. A fines del siglo XIX estalló —a pesar de los sabios consejos de Stewart Woodford, ministro norteamericano en Madrid— la guerra en la que España había de perder los últimos restos de su antiguo imperio colonial. La propaganda contra España desarrollada en los Estados Unidos por efecto de esta guerra ha sido sumamente perjudicial para el prestigio español en Norteamérica, y la opinión determinada por dicha campaña ha perdurado hasta nuestros días.

Es muy grande el desconocimiento que del pueblo español tienen los norteamericanos; creen que es un pueblo cruel, perezooso, intransigente y fanático; suelen creer, asimismo, que en España reinan la pobreza más sórdida y el hambre, y todas estas ideas equivocadas han influido en la leyenda negra creada alrededor del régimen español que, sin el menor conocimiento de causa, suele ser calificado de tiránico.

Es cierto que la cultura española es muy diferente de la del resto de Europa; ello se debe a obvias razones geográficas e históricas, y entre éstas, a la gran influencia de las culturas romana e islámica. Los españoles son individualistas, orgullosos, cortesanos, hospitalarios, heroicos y humoristas. El español es un pueblo serio y alegre al mismo tiempo, en el que se mezcla el realismo con las más exaltadas formas del idealismo y de la mística. El arte español tiene, en cualquiera de sus notables manifestaciones, una personalidad que le hace completamente diferente de las producciones artísticas de las demás naciones.

No hay nada más falso que la leyenda de la supuesta crueldad española, y prueba de ello es que el índice medio de criminalidad es muy superior en Nueva York o Chicago, por ejemplo, que en cualquier ciudad de España. La intolerancia religiosa fué un fenómeno histórico común a toda Europa, y mayor en las protestantes Inglaterra y Escocia que en España.

Mucho se ha hablado —apunta Hayes— de la pobreza de este país. Es verdad que es una nación agrícola que estuvo acostumbrada a vivir de las riquezas de su Imperio y que, cuando lo perdió, no pudo llevar a cabo la revolución industrial que necesitaba; pero hay que tener en cuenta el esfuerzo que hoy se está realizando para incrementar la industria en esta tierra de riqueza minera relativa, si se compara con la de los Estados Unidos, Alemania o Rusia, y en la que se tropieza con las dificultades impuestas por una larga guerra civil y por el aislamiento internacional al que, de manera tan injusta, ha sido sometida España. La economía española —indudablemente— puede ser mejorada, y se cuenta para ello con la capacidad y sólida preparación de las clases medias, pero nunca se podrá vencer el «handicap» impuesto por la naturaleza y por la geografía. No se puede pretender que el nivel de vida sea

igual al de los Estados Unidos. Se ha dicho que la Iglesia y la nobleza acaparan en España riquezas excesivas y que con ellas podría hacerse vivir bien al pueblo. Sin embargo, estas afirmaciones no corresponden a la realidad. En España no existen, en general, fortunas comparables a las de los multimillonarios ingleses o americanos. En cuanto a la Iglesia, tampoco dispone de los bienes que poseen, por ejemplo, la Iglesia anglicana en la Gran Bretaña o la misma católica de los Estados Unidos. La pobreza del pueblo se debe a las razones geográficas e históricas indicadas, y en cuanto al supuesto analfabetismo español, ha sido enormemente exagerado y es preciso tener en cuenta que un analfabeto español suele ser mucho más inteligente que un campesino inglés o norteamericano, aunque éstos hayan frecuentado la escuela.

La equivocada información que sobre España existe en los Estados Unidos tiene su origen principal en la propaganda de Inglaterra, la enemiga tradicional de España, y en la desarrollada por los rojos españoles, que han dispuesto de grandes medios para difundir un concepto erróneo acerca de la actual realidad española.

Si el sistema político español es un sistema *sui generis*, ello se debe, asimismo, a razones históricas. La política española, a partir de los Reyes Católicos, ha estado siempre impregnada de un sentido religioso. En cuanto a las libertades políticas, han existido en España desde tiempo inmemorial. España, con sus Cortes, que limitaban el poder real, tiene una tradición parlamentaria tan antigua como la de la Gran Bretaña. Carlos I o Felipe II no ejercieron nunca un poder despótico comparable al ejercido por Enrique VIII o Isabel de Inglaterra. Con la dinastía borbónica se acentúa el absolutismo monárquico y Felipe V ignoró las Cortes, fiel a la fórmula «L'Etat c'est moi», de Luis XIV.

Con la Guerra de la Independencia nace la escisión de los españoles en derecha e izquierda, a causa de una influencia exterior. Los ejércitos de Napoleón trajeron las ideas liberales que adoptaron algunos españoles, mientras otros permanecían fieles a la ideología tradicional. Fueron —afirma Hayes— los aliados ingleses los que introdujeron en España las ideas favorables a una Monarquía suave y constitucional.

Señala a continuación el autor que mien-

tras en América la política liberal y las instituciones democráticas se han desarrollado a través de un largo y relativamente pacífico período, no ha sucedido lo mismo en España, donde la división política ha sido enorme. La primera división en tradicionalistas y liberales ha dado lugar a una larga y compleja serie de grupos políticos, y es evidente que el liberalismo, que ha podido ser ventajoso en Inglaterra o Estados Unidos, no ha sido sino un foco de discordias en España, por ser totalmente opuesto al espíritu patriótico y tradicional que ha predominado en los españoles.

Después de un rápido y certero examen de la Historia contemporánea española, que parte de las luchas políticas del siglo XIX hasta llegar a la proclamación de la segunda República, el 14 de abril de 1931, el señor Hayes pasa a exponer la situación anárquica a que se llegó en España durante el período republicano, en el que se sucedieron las crisis, las huelgas y toda clase de desórdenes, que coincidieron con una orientación cada vez más izquierdista de los Gobiernos, dominados por elementos de filiación más o menos comunista, como Largo Caballero, Negrín, Alvarez del Vayo y Fernando de los Ríos. Ya en 1936, después de las elecciones en las que las derechas actuaron desunidas, el Frente Popular llegó a imponerse y la revolución avanza entonces inconteniblemente. El asesinato de Calvo Sotelo fué el chispazo que aceleró el Movimiento Nacional, que había sido preparado por los más destacados militares españoles.

Esta actuación del Ejército en la política española no ha sido —en general— comprendida en Inglaterra ni en Estados Unidos, donde los militares suelen estar supeeditados servilmente a la autoridad civil. En España, el Ejército, fiel a las más puras esencias tradicionales, supo reaccionar contra el avance del comunismo y la anarquía. Al frente del Ejército, que fué secundado por lo más sano del pueblo español, se puso el General Franco, que —contra lo que la propaganda ha divulgado en el extranjero— es un caudillo que en nada se parece a Mussolini, Hitler o Stalin. Franco es un militar de sólida preparación técnica y de heroísmo reiteradamente demostrado. Su ideología no está influida por teorías fascistas, sino por conceptos tradicionales y patrióticos.

Es necesario tener en cuenta que en el Movimiento Nacional de 1936 participaron españoles de las más diversas tendencias, desde los tradicionalistas y falangistas a los monárquicos constitucionales y republicanos de derecha. Frente a ellos se encontraban los «rojos», entre los que se comprendían todos los partidos del Frente Popular, incluidos los comunistas, anarquistas y sindicalistas, que desde los primeros días de la guerra civil impusieron un régimen de terror acrecentado por haberse armado al pueblo y haberse constituido de este modo las milicias, que se entregaron a toda clase de crímenes, saqueos y desmanes sin fin. Los rojos disponían de las reservas de oro del Banco de España y recibieron una importantísima ayuda del extranjero, especialmente de Rusia, que se dió cuenta desde el principio de la importancia que para ella tendría poder implantar el comunismo en España, y de Francia, sometida entonces a un Gobierno también del Frente Popular.

Los nacionales recibieron desde el primer momento el apoyo de Portugal, y más tarde el de Italia y Alemania, aunque la propaganda ha exagerado la ayuda prestada por esta última, que en realidad nunca tuvo demasiado confianza en Franco como caudillo político.

Una sabia medida fué la de la unificación de los partidos en la España Nacional, medida que dió una auténtica solidez a la estructura del Estado. De esta unificación nació la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., que en nada puede equipararse a los partidos fascista, nazi o comunista soviético.

La falta de información sobre España que ha predominado en la opinión pública americana ha sido la causa principal del entorpecimiento en las buenas relaciones entre dicho país y los Estados Unidos. Esta falta de información ha ido acompañada de una interpretación falsa de la verdadera situación española, producida por la activa propaganda contra el régimen español desarrollada por los rojos exilados y por quienes dirigen desde Moscú las actividades del comunismo internacional.

Después de concluida la Guerra de Liberación con la victoria de las tropas nacionales, los Estados Unidos establecieron relaciones diplomáticas con el Gobierno del General Franco y enviaron como embajador a Madrid a Alexander Weddell, que fué

sustituído, al estallar la segunda Guerra Mundial, por el autor de este libro, quien repite lo que ya dijo en el anterior acerca de la importancia que tuvo el mantenimiento de la neutralidad española para el triunfo aliado.

El señor Hayes recalca cómo el General Franco supo oponerse a las exigencias de Mussolini y Hitler, consiguiendo que su país se mantuviera apartado del conflicto, sin otra participación en el mismo que el envío de la División Azul al frente ruso, decisión ésta suficientemente justificada por el decidido anticomunismo del régimen español. La actitud de España durante la guerra permitió a los aliados, entre otras cosas: la constitución de la base aérea de Gibraltar, que penetraba en las aguas jurisdiccionales españolas, y realizar, sin obstáculos, el desembarco en el Norte de África; además, el Gobierno español no dispuso, habiendo podido hacerlo, el internamiento de 1.200 aviadores norteamericanos que aterrizaron en suelo español por fuerza mayor; no puso obstáculos al paso por España de más de 30.000 franceses que se incorporaron en Argelia al Gobierno del General De Gaulle; concedió bases aéreas a los Estados Unidos; reclamó, a instancias del Gobierno norteamericano, la División Azul y dió facilidades para que los aliados pudiesen organizar diferentes misiones de sus servicios de información en la zona francesa ocupada por los alemanes. La neutralidad española fué ensalzada por importantes personalidades del campo aliado, entre las que destacan el entonces ministro de Negocios Extranjeros francés, Georges Bonnet; el Presidente Roosevelt, en carta que dirigió al General Franco, y el «Premier» británico, Churchill, que reconoció públicamente en la Cámara de los Comunes lo mucho que había favorecido la neutralidad española a la causa aliada.

Sin embargo, esta corriente de cordialidad hacia España, que comienza gracias a la política mantenida por el Gobierno español durante la última guerra y que parecía deber haberse afianzado, vuelve a torcerse con el cese de las hostilidades. En 1945, cuando España deja de ser necesaria a los aliados, se impone de nuevo la propaganda desfavorable, que triunfa plenamente a partir de la Conferencia de Yalta, cuando se encargan de regir los destinos del mundo, al lado de Stalin, un Roosevelt

ya moribundo y un Stetinius mal informado, como lo estaban también más tarde el Presidente Truman, Byrnes y Acheson, amigo decidido de Rusia este último y enemigo de la España de Franco. Junto a ellos, dirigían la política mundial Attlee, que visitó el Madrid rojo y se hizo retratar con el puño en alto, y un Gobierno francés orientado hacia la extrema izquierda y en el que participaban los comunistas después de la victoria electoral de 1945.

En la Conferencia de San Francisco, los Estados Unidos suscribieron una moción mejicana, en la que influyeron los rojos exilados, en virtud de la cual debían excluirse de las Naciones Unidas todos los países cuyos regímenes hubieran sido establecidos con ayuda de las potencias del Eje.

En la Conferencia de Potsdam (julio de 1945) se formula una declaración anglofrancoamericana por la que se excluyó a España de la O. N. U. En noviembre del mismo año, el Embajador americano, Norman Armour, regresó a los Estados Unidos, sin que fuese designado sucesor. En febrero de 1946, la Asamblea americana adoptó la declaración de Potsdam, y en el mes de marzo se formuló una nueva declaración anglofrancoamericana, en la que se expresaba el deseo de que el régimen español fuese sustituido, indicando que, de no producirse este cambio, España dejaría de recibir ayudas económicas. En abril el Consejo de Seguridad de la O. N. U. aprobó la propuesta de Lange declarando que España era un «peligro potencial» para la paz. En diciembre la Asamblea de la O. N. U. adoptó la medida de que los miembros de las Naciones Unidas retirasen de Madrid a sus respectivos jefes de misión, y se decidió, asimismo, excluir a España de los organismos técnicos de la O. N. U. El Gobierno norteamericano dispuso, además, que España fuese excluida del Plan Marshall, planteando al pueblo español el dilema de morir de hambre o cambiar de régimen.

Bien es verdad que los españoles tuvieron una magnífica y patriótica reacción ante esta inusitada campaña de hostilidad desarrollada desde el extranjero y supieron capear el temporal, hasta que, poco a poco, se ha ido imponiendo en el mundo un criterio más sensato. Por fin, las potencias occidentales se han dado cuenta de que el peligro para la paz no se encontraba en la pacífica España, sino en la amenaza del co-

mutuamente, dirigida desde la Unión Soviética.

En los Estados Unidos, el ambiente hacia España y su Gobierno se ha ido haciendo cada vez más favorable en los últimos tiempos, y este cambio de opinión se va reflejando progresivamente en el Parlamento. Sólo la Casa Blanca y el «State Department» han mantenido su posición recalcitrante. A pesar de ello, Acheson, en una carta abierta dirigida al senador Connally, se vió obligado a reconocer cuán equivocada fué la retirada de los embajadores y ministros de la capital de España. Pero, aun reconociendo que era absurdo pretender prescindir de ésta, añadía que el restablecimiento de las relaciones diplomáticas normales no suponía la aprobación del régimen español.

Cuando, en agosto de 1951, el Senado americano aprobó la concesión a España de un empréstito de 100 millones de dólares, Acheson consiguió boicotearlo y hacer que, en la reunión plenaria de ambas Cámaras, dicho empréstito fuese reducido a 62 millones y medio, suma que resulta desproporcionadamente inferior a las ayudas concedidas a otros países.

El restablecimiento de las relaciones diplomáticas normales entre España y los miembros de las Naciones Unidas, que se logró en noviembre de 1950 gracias a la labor realizada por los países hispanoamericanos, no impidió al Presidente Truman

afirmar que aún tardaría mucho tiempo en nombrar un embajador en Madrid, a pesar de lo cual, y como prueba de la evolución señalada, a los dos meses estaba ya nombrado el Sr. Stanton Griffiths para el cargo mencionado.

Una última prueba de la mejoría de las relaciones hispanonorteamericanas es el viaje realizado recientemente a Madrid por el difunto almirante Sherman, en el que parece haberse sentado las primeras bases para un futuro acuerdo bilateral de defensa mutua que estarían, en principio, dispuestos a suscribir los Gobiernos de España y de los Estados Unidos.

Concluye su obra el Sr. Hayes haciendo resaltar la conveniencia de que se estrechen las cordiales relaciones entre ambos países, en interés recíproco de ellos y de la Comunidad Atlántica. Con este fin propone que se lleve a cabo una intensificación de las relaciones culturales, que repercutiría en favor del conocimiento mutuo de los dos pueblos. Los Estados Unidos, convertidos en potencia rectora de la política mundial, no pueden adoptar ya una actitud aislacionista que les aparte de ningún país atlántico, y es evidente lo mucho que debe interesarles fomentar su relación con todas las naciones americanas de habla hispánica, sobre las que España ejerce un importante influjo espiritual.

José Carlos GONZÁLEZ-CAMPO DAL RÉ.

GEORGE F. KENNAN: *American Diplomacy 1900-1950, an the Challenge of Soviet Power.* The University of Chicago Press. Chicago, 1951. 146 págs.

En su número correspondiente al mes de abril de 1951, la revista norteamericana *Foreign Affairs* publicaba dos artículos que, firmados con el seudónimo de «Mr. X», se titulaban «The Sources of Soviet Conduct». Estos artículos produjeron sensación tanto por su contenido como por ocultarse el autor de los mismos en un total anónimo. Hubo con estos artículos dos inmediatas reacciones: una, referente a la consideración y reflexión de lo que en los mismos se contiene, así como las consecuencias que de ellos pueden obtenerse, y otra, relativa a intentar descubrir quién era el autor de ellos.

Cuando fué resuelta esta segunda cuestión causó un gran estupor saber que el autor de los artículos era el diplomático norteamericano George F. Kennan. El prestigio que goza dentro de su patria Kennan puede sintetizarse en cómo lo calificó Walter Lippmann, del que dijo que era «the most learned of our officials, the most experienced of our scholars», y tanto el público como la crítica consideró que lo que en los artículos se exponía era el punto de vista oficial de los Estados Unidos respecto a los soviets.

George F. Kennan ha prestado servicio en la carrera diplomática durante unos veinti-

quinco años, hasta 1950, en que pidió el retiro para ingresar como profesor e investigador en el Instituto de Altos Problemas Sociales, de la Universidad de Princeton (Nueva Jersey), puesto en el que sigue en la actualidad.

Se ha calificado al citado diplomático como el más sagaz y más capacitado de Estados Unidos. Su prestigio dentro del Departamento de Estado era, y sigue siendo, tan grande, que en julio de 1947 fué nombrado jefe de la «Sección de Proyectos Políticos» del citado Departamento. Al consecuencia de este cargo que se le otorgó, se decía de Kennan que era el jefe de Estado Mayor de la diplomacia norteamericana.

Con estos antecedentes y con el prestigio que tiene dentro de su país, no es de extrañar que cuando en el pasado mes de octubre de 1951 se puso a la venta su primera obra, *American Diplomacy 1900-1950*, en la que se incluían como colofón los dos artículos antes citados, ya había por ella un interés desmesurado.

Sin ninguna pasión, el libro merece el éxito obtenido, aunque para muchos haya sido abrir un abismo insondable en sus convicciones. Es muy duro para un pueblo como el norteamericano, con una psicología tan diferente a la del Viejo Continente, con una formación tan distinta a la nuestra, que durante muchos años ha vivido bajo un clima determinado y que ha observado los problemas de una forma pudiera decirse demasiado apriorística, que de golpe y porrazo, como quien abate un castillo de naipes, se le exponga una serie de premisas y consecuencias desde un punto de vista tan opuesto al que hasta entonces consideraba. Es muy duro que sea un funcionario del Estado el que precisamente venga a señalar los errores cometidos por la Administración y rectifique posiciones hasta ahora consideradas como intangibles.

Este libro, nacido a consecuencia de unas conferencias dictadas por el autor en la Universidad de Chicago, es un alegato de sin igual importancia, y son tan sólidas sus aseveraciones, que parece que con el ofrecimiento que a mediados del mes de noviembre próximo pasado ha hecho el Presidente Truman a George F. Kennan del puesto de Embajador de los Estados Unidos en Moscú, es un algo así como dar la aprobación oficial de lo contenido en la obra. A esta oferta ha respondido Kennan con la acep-

tación, pero con la condición de que se le permita continuar en la Universidad de Princeton hasta el mes de mayo de 1952, fecha en la que considera que habrá terminado unos trabajos de investigación que está realizando.

Los medios diplomáticos de Washington, al enterarse de la posibilidad de tal nombramiento, hacen hincapié en indicar que Kennan es un diplomático de carrera, y que tal decisión vislumbra que los Estados Unidos tienden a las viejas y buenas fórmulas de la diplomacia. Se recuerda que Kennan es el autor de la teoría del «containment», es decir, el intentar poner un dique a la expansión soviética en Europa. Esta teoría, que Kennan hizo triunfar cuando era el gran estratega de la diplomacia norteamericana, es la base de la «Doctrina Truman», que ha tenido como consecuencia al organización del Plan Marshall y el Pacto Atlántico. El único pero que se considera es que más campo de acción podría tener esta personalidad tan calificada en un puesto de coordinación dentro del Departamento de Estado que desde la Embajada en Moscú, en la que las posibilidades de acción de un diplomático occidental están muy mermadas.

The American Diplomacy, 1900-1950, no es una obra extensa. El autor no ha necesitado de muchas páginas para exponer en ella sus puntos de vista, y consta únicamente de seis capítulos y dos apéndices. Los primeros corresponden a los siguientes temas: Capítulo I: La guerra con España. Cap. II: Mr. Hippisley y la doctrina de la «Puerta Abierta». Cap. III: Estados Unidos y Oriente. Caps. IV y V: La primera y segunda guerra mundial. Cap. VI: La diplomacia en el mundo moderno. Los dos apéndices corresponden, como antes se ha dicho, a los artículos que se publicaron en la revista *Foreign Affairs*.

Kennan plantea desde las primeras líneas de su libro su posición respecto al panorama internacional de los Estados Unidos: «Hace medio siglo esta nación tenía un sentido de la seguridad en relación con el resto del mundo como no lo ha tenido ningún otro pueblo desde los tiempos del Imperio romano. Hoy tal norma está casi revertida; nuestra mente está dominada al presente por un sentido de gran inseguridad, incluso mucho mayor que la de muchos pueblos de la Europa Occidental, que están más próximos a esa zona de inseguridad, y que se

encuentran en una posición también más vulnerable.» ¿Por qué se ha llegado a este estado de cosas? Para el autor, la razón de ello reside en varios factores: porque los Estados Unidos han permitido que políticas extranjeras se hayan impuesto a la nacional, con detrimento de ésta; porque desde el principio del siglo xx los norteamericanos han corrido un riesgo apoyando la prosperidad e independencia de la Gran Bretaña, Japón y otros países que dominan las costas europeas y asiáticas; porque la nación se metió en guerras en las que nunca debió tomar parte, tal como la hispanonorteamericana de 1898, y menos aún obtener de ellas anexiones territoriales. Y porque no valoró a su debido tiempo la amenaza comunista.

Estas verdades incontrovertibles son las que comenta y critica Kennan en su libro, escrito de una forma objetiva, que se hace fundamental para todo aquel que quiera tener una visión clara de lo que ha sido la política internacional norteamericana durante la primera mitad del siglo que vivimos.

Para nosotros, los españoles, tiene esta obra un valor muy grande. Su primer capítulo está dedicado a la guerra en la que España dejó de ser una potencia colonial. Y a esta etapa de la Historia hispana, que tenía una duración de algo más de cuatro siglos, la da el carpetazo la nación anticolonialista por excelencia. La guerra de Cuba y Filipinas fué amañada por los políticos de Washington, declara Kennan.

El 15 de febrero de 1898 el telégrafo de Key West recibía este «flash» de La Habana: «Ha habido una gran explosión en el puerto.» Poco después, F. S. Hilgert, corresponsal de la «Associated Press» en Cuba, telegrafaba a su agencia: «El Maine ha volado y cientos de marineros han muerto.»

Cuando los ciudadanos norteamericanos tuvieron conocimiento de la noticia, la ola de resentimiento contra España se extendió por toda la nación. La ocasión se había producido y no dejaron de aprovecharla inmediatamente dos periodistas: Willian Randolph Hearst y Joseph Pulitzer, que se encargaron de atizar el clamor popular para conseguir del Gobierno la declaración de la guerra. Hearst mandó a Cuba al dibujante Frederick Remington con la orden de pintar todas las atrocidades que viera: «Us-

ted haga los dibujos; yo me encargaré de la guerra», le dijo.

Y llegó la ruptura de hostilidades, como colofón de un cúmulo de malas intenciones de unos y de equivocaciones e inconsciencias de otros—no vamos a mantener una actitud de colocar en un platillo de la balanza toda la culpa—.

Kennan acusa, pues, a sus compatriotas de esta guerra, y en especial a Teodoro Roosevelt, entonces «Assistant Secretary of the Navy», que fué acaso el hombre del equipo gubernamental que más influyó para que Estados Unidos interviniera en el conflicto. Es este personaje quien consiguió el nombramiento de Dewey para el mando de almirante de la escuadra norteamericana que destrozara a la española en aguas de Cavite, ¡y Dewey fué a Filipinas, además de con las órdenes oficiales del Gobierno, con unas reservadas de Roosevelt, que fueron las que prevalecieron! Cuando tuvo lugar el combate de Cavite no se pensó en tomar las Filipinas; sólo se tenía planeado destruir la escuadra española y eliminar con eso este factor de la guerra.

Se cita en este capítulo a una personalidad norteamericana que fué «descubierta» por los ingleses cuando era totalmente desconocida para sus compatriotas. Me refiero al almirante Mahan, autor de la *Influencia del poder naval en la Historia* (1), libro pesado, difuso, oscuro y nebuloso, escrito con prosa de elevado tono y forma dogmática y pontifical que con sus doctrinas ha influido un tanto en las mentes norteamericanas, y ocasión mejor no pudo tener para aplicarse que con esta guerra, por lo que, a pesar de estar en aquellas fechas retirado Mahan, fué llamado a formar parte del «Strategical Board», organismo meramente consultivo, pero más empleado por los políticos que por los militares, y que tuvo su influencia para ayudar a dar forma a los planes expansionistas de los Estados Unidos derivados de esta guerra, pues Mahan tenía una mentalidad de Junker prusiano.

Aquel «slogan» de «Remember of Maine» que llevaron en Cavite el almirante Dewey en el tope de un buque insignia (2), se

(1) Hay una edición española de esta obra, traducida por los tenientes de navío Juan Cervera Jácome y Gerardo Sobrini. Ferrol, 1901.

(2) Ver en «Revista General de Marina», marzo de 1951, JOSÉ RIERA ALEMANY: *Impresiones*

BIBLIOGRAFÍA

derrumba ante la posición de Kennan, que con una mezcla de escepticismo y de ironía llama mentirosos a los autores de la superchería histórica de que el «Maine» fué volado por los españoles.

Sólo nos falta citar en esta relación a un personaje que casualmente no aparece en la obra de Kennan, y es el almirante Sampson, almirante de la escuadra norteamericana en el combate de Santiago de Cuba, que poco tiempo antes, y siendo todavía capitán de navío, presidiera la Junta investigadora de las causas de la voladura del «Maine». Sampson murió después de varios años de tener pérdidas completamente sus facultades mentales. Su protector, el Presidente Mackinley, también murió de forma trágica, a manos de un vulgar asesino.

Además, para Kennan, las inconsecuencias de esta guerra hispanonorteamericana no terminan con la última operación militar; la decisión de Estados Unidos de incorporar a su soberanía Filipinas y Puerto Rico, nunca se debió realizar. Era ir contra unos principios de la conducta de la nación consideraba inamovibles. Representa, según el autor, un cambio total en el concepto del sistema político de los Estados Unidos.

«Estas adquisiciones territoriales de 1898 —incluidas, además, las de las islas Hawai y Guam— representan las primeras expansiones de la soberanía de los Estados Unidos en territorios importantes más allá de los límites continentales de Norteamérica. Representa la adquisición de territorios que no tienen la esperanza de alcanzar la condición de Estados soberanos en ningún tiempo, sino más bien permanecer indefinidamente sometidos a un «status» de subordinación colonial (3).

No podemos terminar este comentario sin hacer mención, aunque sea muy a la ligera, de los dos últimos capítulos que se incluyen en *American Diplomacy, 1900-1950*, dedicados a establecer un plan para hacer frente al poderío soviético. Y la base fundamental del plan reside, para Kennan, en mantener una inalterable o inmutable fuerza contra ese poderío. «Con fundada confianza en una política de firme oposición, trazada para hacer frente a los rusos con una fuerza contraria inalterable en cada punto en donde ellos muestren signos de atentar contra los intereses de un mundo pacífico y estable.»

Luis M.^a LORENTE.

PAUL SCHMIDT: *Sur la scène internationale. Ma figuration auprès de Hitler. 1933-1945.* Librairie Plon. París, 1951. 368 págs.

El libro que nos ocupa es la traducción francesa de la obra que en su versión original lleva por título *Statist auf diplomatischer Bühne*.

El autor nació en Berlín el 23 de junio de 1899. Cursó diversos estudios y empezó a trabajar como intérprete en la Wilhelmsstrasse en 1923, donde pronto llegó a ser intérprete-jefe. Por esta razón presenció casi todas las conferencias internacionales en las que participó Alemania, fué destinado a la S. D. N. y, por sus excepcionales dotes, conservó su puesto después del advenimiento de Hitler al poder (no perteneció nunca al partido Nacional-Socialista).

Este libro es interesante por varias razones: 1.^a Es la obra de un hombre inteligente. 2.^a Está escrita por una persona que supo juzgar fríamente las cosas y los hechos con un ligero humor de estilo inglés,

que adquirió, tal vez, durante sus prolongadas estancias en Ginebra, antes de que Alemania se retirara de la S. D. N. 3.^a Es un libro lleno de vida, en el que se entremezclan el relato de las entrevistas más trascendentales para el porvenir de Europa con los sucesos más cómicos. (Véase, por

de mi juventud. Y en «Revista General de Marina», mayo de 1948, LUIS M.^a LORENTE: *Cavite*

(3) Esta posición de Kennan respecto a la guerra hispanonorteamericana viene abriéndose camino en Estados Unidos desde hace algún tiempo. Como precedente más inmediato a ella, conocemos un artículo de PIE DUFOUR, publicado en el diario *New Orleans States* de 15 de agosto de 1951, en el que se dice: «Si hubo una guerra innecesaria, ésta fué la hispanonorteamericana», y «Hace cien años, la intentona de Narciso López recibió total apoyo de los Estados Unidos.»

ejemplo, págs. 130 y sigs., la visita del duque y la duquesa de Windsor a Góering en el año 1937). 4.^a Por último, es una descripción de acontecimientos que el autor presenció, siendo éste en la actualidad el único testigo superviviente.

No podemos relatar todo el libro; por tanto, vamos a ocuparnos únicamente de lo relativo a la política exterior de España, respecto a la cual el autor ha cometido algunos errores. Schmidt asistió a las entrevistas de Serrano Suñer con Hitler y Ribbentrop en Berlín, en septiembre de 1940, y a la de Hendaya, en octubre del mismo año, entre Hitler y el general Franco. De esto queremos tratar.

En lo concerniente a la visita de Serrano Suñer a Berlín, en septiembre de 1940, Schmidt afirma que se entrevistó con Hitler el 25 de dicho mes (págs 260 y 261), fecha que no coincide con la publicada por los Estados Unidos, que es la del 17 de septiembre, en el Libro Blanco del 4 de marzo de 1946, referente a las relaciones de España con el Eje durante la guerra.

El servicio de información de Estados Unidos ha podido, tal vez, equivocarse, pero no es probable, pues éste se limitó a reproducir los documentos sin comentario alguno, lo que evita errores, y, además, el relato de dicha entrevista fué escrito el 19 de septiembre por Schmidt en persona (documento número 4). Bien es verdad que éste no la describió en su libro, se limita a dar la fecha. ¿Lo hace tal vez por figurar ya ésta en el Libro Blanco? Así lo creemos, dado que en septiembre de 1940 Serrano Suñer fué recibido por Hitler una sola vez.

Queda, por lo tanto, demostrado que Schmidt se ha equivocado en su libro.

Este error está confirmado por Serrano Suñer en su obra *Entre Hendaya y Gibraltar*, en la que se deduce que llegó a Berlín el día 16 (no lo dice textualmente, pero afirma que al día siguiente, 17, vió a Hitler); Schmidt asegura que llegó el día 24.

Esta diversidad de fechas pudiera no tener mucha importancia, pero, sin embargo, la tiene; puesto que en el Palacio de Venecia, los días 19 y 20 de septiembre, trataron Ribbentrop y Mussolini del asunto español; así lo hace constar el conde Ciano en su libro *Europa hacia la catástrofe*.

Por lo tanto, según Schmidt, la entrevista Hitler-Serrano Suñer debió tener lugar des-

pués de la de Suñer-Mussolini, y, según Ciano, fué anterior (tenemos más motivos para creer esto último, dado que no se trata de un libro escrito *a posteriori*). Esta inversión de fechas es importante, pues, según Schmidt, cuando Mussolini y Ribbentrop se entrevistan los días 19 y 20 de septiembre éste da a entender que pudiera ser que España entrara en la guerra, y, por tanto, esto no pudo ser formulado por Ribbentrop si realmente en esta fecha no había tenido todavía lugar la conversión de Hitler y Serrano Suñer; pero, en realidad, ésta se había realizado, y nos consta que Serrano Suñer estuvo muy reticente (véase el Libro Blanco americano, documento número 4); por tanto, no podemos menos de suponer que Schmidt se ha equivocado.

Los Archivos Secretos del Conde Ciano dicen que Ribbentrop asegura que España entraría en la guerra con ciertas condiciones. Hay aquí alguna diferencia —es preciso reconocerlo— con la rotunda afirmación de Schmidt.

Sobre el tema ya tratado de la estancia de Serrano Suñer en Berlín, el autor nos dice que «las conversaciones sostenidas con él demostraron en seguida, con claridad, que las declaraciones hechas en Roma por Ribbentrop eran muy exageradas». Hay que destacar que Schmidt confirma el Libro Blanco americano, en lo concerniente a la hábil resistencia de Serrano Suñer frente a las exigencias alemanas.

En cuanto a las entrevistas de Ribbentrop con Serrano Suñer, Schmidt confirma todo lo que ya conocemos por éste. Pero falta precisión; no habla más que de una sola reunión entre las numerosas que éstos efectuaron (según Serrano Suñer fueron lo menos cuatro). «Recuerdo todavía con precisión —nos dice Schmidt— una escena notable que tuvo lugar en el despacho de Ribbentrop.» ¿De qué entrevista se trata? Según Schmidt, Serrano Suñer pide un aumento territorial en África del Norte, y repite —no lo dice, pero lo deja adivinar por la clase de pregunta que Serrano Suñer hace a Ribbentrop— lo que había escrito Stohrer en su famoso Memorandum del 8 de agosto de 1940, donde exponía las condiciones de España para entrar en la guerra, que eran: devolución de Gibraltar, anexión de Orán y del Marruecos francés, aumento territorial en Río de Oro y en las Colonias españolas del Golfo de Guinea.

Según Schmidt —pero no según Serrano Suñer—, Ribbentrop hubiera aceptado estas peticiones, y añade: «Frente a la generosidad del alemán, el español dió pruebas de mucha mezquindad» (pág. 261, Schmidt hace alusión a lo que, a su vez, piden los alemanes: ventajas económicas y bases en Marruecos, especialmente). El general Franco consideraba, desde el punto de vista del interés nacional, que España no debía entrar en la guerra; por esto empleó la táctica de pedir mucho para no verse obligado a participar en ella. El documento número 6 del Libro Blanco americano (entrevista en Berlín de 28 de septiembre de 1940 entre Hitler y Ciano) nos demuestra lo que fueron en realidad —en contra, una vez más, de la opinión de Schmidt— las proposiciones españolas:

1.º Alemania debía proporcionar 700.000 toneladas de cereales en un plazo de cuatro meses.

2.º Alemania debía suministrar todo el combustible.

3.º Alemania debía proporcionar el avituallamiento y el material que el Ejército necesitara.

4.º Alemania debía suministrar la artillería, aviación, armas y tropas especializadas para la toma de Gibraltar.

5.º Alemania debía apoderarse de Marruecos y de Orán y asimismo ayudar a España a obtener una revisión en el límite occidental de la frontera de Río de Oro.

6.º España promete, en cambio, su amistad a Alemania.

¿Qué podía hacer Alemania ante tales «proposiciones»? Tenía forzosamente que rechazarlas.

En este mismo documento, el que lo redacta (se trata nuevamente de Schmidt) dice que da ayuda pedida a Alemania representa un gran sacrificio que no puede hacerse efectivo a cambio únicamente de la buena voluntad de los españoles; hasta ahora, al menos, éstos no han expuesto la posibilidad de un intercambio.

Hay que destacar que esta frase —así como todo el documento número 6, relativo a la entrevista de Hitler y Ciano en Berlín el 28 de septiembre— fué escrita el 29 de dicho mes, es decir, después de las conversaciones entre Ribbentrop y Serrano Suñer; por tanto, destruye las afirmaciones de los que sostenían y sostienen que Serrano Suñer no fué a Berlín más que a estudiar los

detalles relativos a la entrada de España en la guerra; efectivamente, Serrano Suñer fué a Berlín, pero sus exigentes peticiones debían necesariamente desanimar a los dirigentes del III Reich. Esta actitud tenía, sin embargo, una gran ventaja para España, que supo situarse del lado de los *having not*; por tanto, los alemanes, aun juzgando excesivas estas peticiones, estaban obligados a creer que España simpatizaba con el Eje, lo que significaba una garantía para la independencia española.

Aunque Schmidt da la fecha de la entrevista entre Hitler y Serrano Suñer, no la comenta. En cambio, es un poco más explícito en su descripción del encuentro del general Franco con Hitler, en Hendaya, el 23 de octubre de 1940. No podemos comparar la opinión de Schmidt con la de Serrano Suñer, puesto que éste no relata esta entrevista en *Entre Hendaya y Gibraltar*, aunque estuvo presente. Pero podemos hacerlo con el Libro Blanco americano (documento número 8, el resumen de esta conversación es incompleto, pero es de suponer con bastante seguridad que fué hecho por Schmidt). Según éste, Hitler propuso al general Franco una alianza inmediata, y la entrada de España en la guerra el 10 de enero de 1941. Es conocido de todos que más tarde envió Hitler al almirante Canaris para convencer al general Franco de participar en la guerra en la citada fecha. ¿Hizo realmente Hitler en octubre esta proposición? ¿O es sólo un error de Schmidt? Creemos que es esto último por la razón siguiente:

El 23 de octubre todavía no había firmado Hitler su famosa «Orden número 18» (documento 444 P. S. de Nürenberg). Hitler, formándose una falsa idea del realismo de Inglaterra, esperaba que ésta pidiera la paz después de la derrota francesa. En consecuencia —lo revela el proceso de Nürenberg—, no fué estudiado el plan de desembarco hasta el mes de julio de 1940, cuando ya había rehusado la Gran Bretaña la propuesta de paz alemana; pero era ya demasiado tarde, y el proyecto de un desembarco, dice Jodl en el proceso de Nürenberg, «fué abandonado el 12 de noviembre, día en que presentó al Führer un informe demostrando la imposibilidad de esta operación». La Orden número 18 data del 12 de noviembre, y, por tanto, el 23 de octubre Hitler no pensaba seriamente todavía en

que entrara España en la guerra: el documento número 8 del Libro Blanco americano nos informa que Hitler dijo a Franco que el objeto de la Conferencia, era establecer un «gran frente» contra Inglaterra. Nada más.

No es esto todo. Schmidt afirma que des-tacamentos alemanes se adiestraban «en el sur de Francia para atacar a un Gibraltar exactamente reconstruido». En realidad, esto no fué así: primero, el entrenamiento no empezó hasta después de haber sido firmada la Orden número 18; segundo, no tuvo lugar en el sur de Francia, sino en el Jura francés, y, por último, no se trataba de un fuerte construído expresamente, sino de una montaña muy análoga al Peñón.

Pero, prescindiendo de estos errores, el libro de Schmidt nos revela hasta qué punto la política del general Franco fué hábit y prudente para no llegar a comprometerse. El Jefe del Estado español expuso lo siguiente: España no podía entrar en la guerra porque necesitaba trigo, armamento moderno, defensa antiaérea y artillería pesada para un supuesto ataque a Gibraltar; también tenía que pensar en defender sus costas contra Inglaterra, así como las Islas Canarias muy expuestas a perderse. Tampoco podía tolerar que tropas extranjeras tomaran Gibraltar, tarea que por razones históricas y patrióticas, correspondía exclusivamente a los españoles.

De todas estas razones se sirvió el general Franco para mantener a su país alejado de la guerra. Finalmente, y después de otra conversación entre Serrano Suñer y Ribbentrop, éste exigió al ministro español un proyecto de acuerdo hispano-alemán, que debía entregar a las ocho de la mañana. Pero Serrano Suñer no apareció. Envío en su lugar a Espinosa de los Monteros con un proyecto muy vago (no conocemos el texto), que Ribbentrop, naturalmente, juzgó insuficiente. Este redactó un anteproyecto, que el enviado español prometió hacer llegar al general Franco, y añadió que la respuesta de éste la enviaría a Alemania. Se comprende muy bien que en este caso Rib-

bentrop marchara enfadado a reunirse con el Führer en Montoire, donde debían encontrarse con el mariscal Petain.

También se comprende la violenta reacción de Hitler cuando llega a decir que prefiere dejarse arrancar tres o cuatro muelas «antes que prestarse a otra nueva entrevista como la anterior que había durado nueve horas» (declaración de Ciano; Archives Secretes, edición francesa, pág. 409), y su carta a Mussolini, fechada en el Obersalzberg el 31 de diciembre de 1940, ante la negativa del general Franco: «España ha rehusado colaborar con las potencias del Eje, y temo que Franco está cometiendo la mayor torpeza de su vida.» Inútil comentarlo. Schmidt no detalla la entrevista de Hitler y Serrano Suñer del mes de noviembre, solamente la cita, y califica las reuniones de esta misma época entre Serrano Suñer y Ribbentrop de conversaciones «sin importancia» (pág. 274).

En lo concerniente al resto del libro es obra de capital interés, ya que hasta ahora nos faltaba un documento que como éste fuera un testimonio vivido, día a día, de las actividades de Hitler y sus correligionarios en el ámbito internacional. Debemos a Paul Schmidt admirables estudios psicológicos de algunos importantes hombres políticos que actuaron entre el año 1933 y 1945.

Aparte de las cuestiones relativas a España, uno de los relatos más interesantes es en el que Schmidt nos habla de la crisis de los Sudetes (1938): nos da a conocer nuevos detalles relatados en forma muy amena; calificativo que merece el libro en su integridad.

Además, está muy bien traducido por el señor René Jouan; tan bien, que nos parece haber sido escrito originariamente en lengua francesa.

En resumen, es un trabajo apasionante, una obra básica para conocer la política exterior alemana entre 1933 y 1945, con una tendencia muy marcada al estudio psicológico que realza su interés.

Conde Manuel DE JOUVANCEL.